



INFORME DEL MINISTRO DE MÉXICO EN ITALIA, RAFAEL NIETO (ROMA, ITALIA, MARZO 15 DE 1925)

A este documento corresponde la siguiente clasificación:  
Archivo Plutarco Elías Calles (APEC), exp. 73, gaveta 23 bis

#### INFORME RESERVADO

El examen en detalle de la situación política en Italia es al presente excepcionalmente difícil, pues a la habitual complejidad de la vida política italiana, hay que agregar la deficiencia actual en los medios de información, como consecuencia de la supresión de la libertad de imprenta.

La política de terror implantada por los fajistas contra la prensa de oposición y que en la primera época del régimen actual provocó destrucciones, incendios y asesinatos en el personal y en la propiedad de los periódicos no fajistas, ha sufrido, es cierto, una aminoración de su encono en los últimos meses; pero la violencia y el terror han sido substituidos por disposiciones legales que capacitan a las autoridades inferiores para secuestrar, con cualquier motivo y bajo cualquier pretexto, las ediciones de los periódicos que no les sean gratas. Esa facultad, cotidianamente ejercitada, significa, como es natural, cuantiosas pérdidas de dinero para la prensa no afiliada al fajismo y que ve amenazada de muerte su posición económica construida en varios decenios de perseverante esfuerzo.

Como algo significativo en la condición actual de la prensa en Italia, cabe citar lo que ha pocos días declaró el representante del Comité Nacional Ejecutivo fajista, Forges, en un banquete que se dio en Cremona a Farinacci, secretario general del partido; "repudiamos ahora serenamente," dijo, "todos esos llamados inmortales principios de libertad de prensa, de asociación y de reunión". Y cuando el *Corriente Della Sera* de Milán, al comentar esas expresiones, auguraba una carencia de libertad para la futura lucha electoral, fue prontamente secuestrado. Ni aun los corresponsales de periódicos extranjeros han escapado al rigor fajista y las expulsiones no han sido raras. En la Convención que celebró en Roma la Asociación de la Prensa Extranjera a fines del último febrero, se adoptó una resolución explicando su conducta y protestando contra las amenazas y las violencias fajistas, con la expresión de que, al no cesar ese estado de cosas, se someterá el caso a las asociaciones similares internacionales a efecto de que se ejerza una acción común.

Como consecuencia de tal política, la prensa que aún puede llamarse de oposición, se ve compelida a una acti-

tud de silencio sobre muchas cuestiones vitales, y es en sus opiniones de una tibieza y de una humildad sólo comparables, en el extremo opuesto, con la violencia y la agresividad de la prensa oficiosa. De allí que la palabra impresa no dé en la actualidad más que una impresión unilateral y caricaturesca del sentir público.

Si en sus manifestaciones externas es la política actual de Italia de una complejidad que parece a veces inextricable, en el fondo se desarrolla sobre una clara y neta división de clases. A la terminación de la guerra, y en los años de 1919 y 1920, el proletariado italiano había llegado a una potente organización en sus uniones del trabajo. Dos grandes corrientes encauzaron el desarrollo evolutivo del movimiento obrero; el socialismo evolucionista y la democracia cristiana. El socialismo, ramificado ampliamente en las regiones industriales del norte, y el democratismo cristiano (partido popular) con fuertes adherencias en el centro y en el sur, habían extendido paralelamente a sus organizaciones gremiales y políticas, vastas organizaciones cooperativas que daban fuerza y cohesión al vigoroso movimiento proletario.

Vino entonces la desorganización financiera y la depreciación monetaria de la postguerra, y sus sensibles efectos al disminuir el poder adquisitivo de los salarios y el estándar de vida de los trabajadores, agudizaron el descontento de las clases proletarias que durante la guerra habían sido halagadas con promesas constantes de mejoramiento económico. Como consecuencia, se multiplicaron las huelgas y las diferencias entre operarios y patrones, hasta culminar con actos de violencia en que algunas fábricas del norte y algunos latifundios del sur fueron por la fuerza ocupados por obreros y campesinos.

Para los observadores superficiales, esos actos, característicos de la efervescencia obrera europea en los primeros años después de la guerra y que revistió en Italia caracteres más agudos que en otros países, pueden aparecer como el principio de una revolución violenta; pero esta presunción no aparece sino como una invención de las clases capitalistas italianas, para hacer creer al mundo que si en esa época no hubo en Italia una revolución, se debió sólo a la contra-violencia de los fajistas. En realidad, el movimiento organizado y democrático de los trabajadores había adquirido una fuerza tan preponderante, que el propio ministro Giolitti, tradicionalmente anti-obrerista, se vio precisado a presentar al Parlamento a principios de 1921, un proyecto de ley estableciendo el control de los trabajadores en la industria; sin perjuicio de que, por esa misma época y al desatarse la violencia fajista, Giolitti y su partido, con toda la maquinaria gubernamental y aun el ejército, fueran cómplices de los más inalicables atentados contra las clases proletarias.



Es un hecho reconocido que los actos de violencia de los trabajadores en 1919 y 1920 no fueron deliberadamente ejecutados; surgieron más bien como movimientos instintivos de algunos grupos obreros, exasperados por el empeoramiento de sus condiciones de trabajo; y no sólo no merecieron esos actos aislados la aprobación de las organizaciones obreras, sino que fueron por ellas expresa y públicamente desautorizados. Los líderes obreros de mayor visión política, consideraban bien sólida la posición de las organizaciones laboristas, para arriesgar su suerte en actos de violencia contra-productivos; y lograron de hecho, con el veterano Turati a la cabeza, hacer cesar los actos de violencia. Dos millones de obreros permanecieron fieles a la Confederación General de Trabajo, contraria a la política de violencia. En realidad, el periodo de actividad de la reacción fajista no comenzó, sino cuando habían cesado los actos ilegales de los trabajadores.

Propiamente, hasta fines de 1920 y principios de 1921, la organización fajista, que iniciaron los ex socialistas Raimondo y Ettore Ciccotti, constituyó un movimiento vano e imponente. No fue sino hasta que los fajistas, armados ya por el gobierno de Giolitti,\* encabezados por los jóvenes herederos de los terratenientes y financiados por los industriales, extendieron rápidamente su organización y su acción enderezadas contra las clases proletarias. Los serios errores de táctica que muchos líderes obreros habían estado cometiendo, y el

debilitamiento que con las divisiones habían sufrido las Uniones del Trabajo, dieron pretexto y pábulo para el brutal movimiento de represión contra los trabajadores.

Pero hay algunos hechos profundamente reveladores sobre los principios del fajismo. En los desórdenes obreros que culminaron a fines de 1920, Mussolini y los suyos tomaron una participación no inferior a la de los grupos comunistas y socialistas revolucionarios. La primera fábrica tomada por los obreros fue la de Dalmine en marzo de 1919 y el hecho fue ejecutado por Uniones del Trabajo fajistas dirigidas por Rossoni; Mussolini personalmente fue a felicitar por su "espléndida hazaña" a los trabajadores. El *Popolo d'Italia* periódico de Mussolini, en sus ediciones de marzo 16, 19 y 20 aprobó y aplaudió el hecho. "El experimento de Dalmine," dijo, "es de inmenso valor como un índice del poder del proletariado italiano para manejar las fábricas por sí mismo".

Al ocurrir en 1919 diversos motines por el encarecimiento y la escasez de víveres, el mismo periódico de Mussolini (junio 10) publicó violentos ataques contra las clases capitalistas, y refiriéndose a los motines de Romagna, se vanagloriaba de que hubieran sido provocados y dirigidos por fajistas y no por socialistas. El programa de los fajistas en esa época comprendía la división de los latifundios, la abolición del senado, la expropiación parcial de toda la riqueza, la expoliación de los fondos de la Iglesia, una exacción del 85% sobre

\* Ver glosario de nombres.

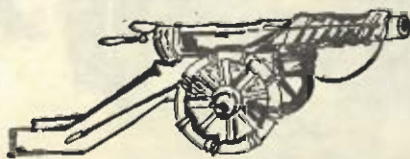




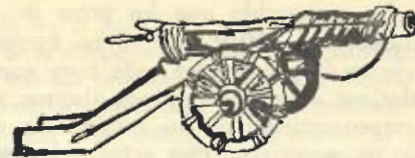
las ganancias obtenidas por los negociantes de la guerra, y la convocatoria a una asamblea constituyente. Además, la tendencia política fajista hasta la marcha sobre Roma, fue esencialmente republicana. ¿Cómo compaginar esa actitud revolucionaria del fajismo con su actuación reaccionaria posterior?

El nervio del movimiento fajista ha sido la baja clase media, que tras de tomar una activa participación en la guerra con vagas ambiciones de predominio político desatentadamente exacerbadas, no se resignó, al hacerse la paz, a la postergación oscura y miserable a que se veía condenada. Comprimida de arriba por la plutocracia y la alta clase media burocrática, y de abajo por la clase proletaria, la baja clase media, no identificada con el movimiento obrero, ni por educación, ni por temperamento, desarrolló, desde la aventura internacional de Fiume, un instinto revolucionario perverso, que se exteriorizó en actos de violencia contra el Estado y la propiedad y que fue instrumento dócil y maleable en manos de las clases capitalistas, cuando su alianza proporcionó a los ex soldados fajistas armas y dinero, y les garantizó, con la complicidad del poder público, la impunidad para todas las violencias. Desde ese momento el fajismo revirtió su revolucionarismo y dio principio el violento movimiento de reacción contra los trabajadores. Las bandas fajistas organizadas y financiadas por terratenientes e industriales, iniciaron la etapa de violencia, y muchos de los más capaces líderes obreros fueron mutilados o asesinados; sus partidarios fueron ultrajados y golpeados; sus imprentas fueron destruidas o incendiadas; y algo que es lo más lamentable en el desastre económico del movimiento obrero italiano, la eficiente organización de cooperativas socialistas que servían de modelo a otros países, fue casi totalmente aniquilada. En un libro póstumo del diputado socialista asesinado, Matteotti,\* se hace una relación detallada, con evidencia abrumadora, de no menos de 2,000 actos de violencia cometidos por los fajistas en un año. Todavía después de la muerte de Matteotti, y en los meses de agosto y septiembre de 1924, fueron registrados 16 asesinatos, 36 casos de heridas graves, 170 casos de violencia física y 46 casos de devastación de edificios. Como es natural, el número de miembros registrados de las Uniones del Trabajo, organizadas en veinte años de esfuerzos, descendió de varios millones a algunas centenas de millares.

Por supuesto que con el desencadenamiento de los más bajos instintos populares, el personal maleado del movimiento obrero extremista se adhirió al fajismo y participó en todas las violencias. La gran proporción de trabajadores, sin embargo, que efectiva o nominalmente fue engrosando las filas del fajismo, obró así por hambre y desesperación. Uno de los hechos más profundamente significativos en la reacción fajista, es que los industriales, como regla general, no han proporcionado trabajo, sino a los obreros afiliados al fajismo. Esta condición ha persistido hasta el presente. El líder socialista



\* Ver glosario de nombres.



Turati me ha referido el hecho conmovedor de que, a pesar del gran descenso en el poder adquisitivo de los salarios, muchos millares de obreros afiliados al fajismo, hacen entrega cada semana, espontánea y secretamente, de sus cuotas para el sostenimiento de las Uniones del Trabajo socialista.

En suma, puede decirse que la acelerada evolución laborista en los dos primeros años después de la guerra, seguida de la violenta reacción capitalista personificada en el fajismo, justifica la contención de publicistas radicales, sobre que ninguna clase rinde nunca el poder —no el despacho oficial sino el verdadero poder económico y político— por la simple fuerza democrática del voto; pues que la clase capitalista en el gobierno será la primera en acudir a la violencia, cuando vea su poder fundamentalmente amenazado.

El propósito inmediato del gobierno de Giolitti al dar armas a los fajistas y prestarles apoyo con todo el peso del poder público, fue el de quebrantar en el Parlamento la fuerza de los partidos socialista y popular. Pero falló su objetivo. En las elecciones de entonces fueron de nuevo enviados al Parlamento diputados de los grupos opositoristas, en un número prácticamente igual al de la Cámara anterior. Desgraciadamente, el gobierno, en apoyo de las violencias fajistas, había prácticamente anulado el Código Penal (para los amigos) y suspendido la Constitución. Este estado de cosas dura todavía. El gobierno de Giolitti cayó entonces, pero los gabinetes que le sucedieron, Bonomi, Facta\* —al igual que el gabinete Giolitti en los últimos meses— no fueron más que prisioneros en medio de la violencia fajista desencadenada.

Y por fin ocurrió en octubre de 1922 la célebre marcha de los fajistas sobre Roma. El rey, que ya de antemano había enviado a Milán a persona de toda su confianza para expresar sus simpatías a Mussolini, encargó a éste la formación de un nuevo gobierno. Quedaba así consumada la primera etapa, no de lo que se ha llamado una revolución sino de una simple revuelta.

Desde un punto de vista exclusivamente capitalista y de negocios, el gobierno fajista no podía dar principio a su obra bajo mejores auspicios. Con la simpatía y ayuda de conservadores y liberales, de banqueros e industriales; con la rendición política del Partido Popular Católico, el aniquilamiento de los socialistas y la cesación de toda oposición política o económica, el gobierno de Mussolini comenzó por asegurarse una completa libertad de acción, al obtener del Parlamento facultades extraordinarias por el término de un año.

La mejoría financiera, ya en marcha ascendente desde los gobiernos anteriores al fajista, siguió, aunque lentamente, acentuándose a medida que las condiciones económicas generales del país se reponían tras la catástrofe de la guerra. Como era de esperarse, la política financiera de Mussolini se inclinó resueltamente a favor de las clases capitalistas. Los impuestos sobre herencias, y sobre ganancias excesivas fueron prácticamente anulados; y reducidos considerablemente en favor de las clases propietarias, los impuestos de lujo y sobre los



ingresos. No sólo a los grandes industriales les fueron devueltas algunas decenas de millones de liras por concepto de cobros dizque indebidamente hechos en la aplicación del impuesto sobre las ganancias. Algunos servicios públicos como inalámbrica y teléfonos, fueron desocializados y puestos bajo el control de capitalistas privados.

El servicio de ferrocarriles, que se había hecho con grandes deficiencias y que fue un factor importante en la campaña de oposición fajista, fue reorganizado con la supresión de cuarenta mil empleados y obreros; aunque en realidad esta supresión llegó a ser meramente nominal, pues que ese personal fue substituido con milicias fajistas. De todas partes el servicio ferrocarrilero mejoró notablemente y se hicieron economías en su administración, derivadas principalmente de la baja en el precio del carbón inglés, usado en la mayoría de las líneas italianas. En la burocracia oficial, las economías fueron también aparentes, pues el personal cesado fue substituido prontamente por fajistas.

Las leyes sobre el trabajo, por otra parte, fueron modificadas o anuladas en favor de los patrones. La prescripción legal de las ocho horas ha sido tan recargada de excepciones que resulta prácticamente nugatoria; los seguros contra enfermedad y vejez fueron abolidos, en tanto que el derecho de huelga quedaba prácticamente suprimido. Los fajistas no han intentado siquiera su pretensión sobre cooperaciones de clases; se han limitado a reforzar una tiranía de clase. Los salarios, a pesar de la aparente prosperidad industrial, han descendido en su poder de compra. Como signos reveladores se han anotado los hechos de que las casas de empeño han triplicado sus operaciones, mientras las utilidades de las grandes corporaciones y la cotización de valores en la Bolsa han ido en aumento. No hay prácticamente gente sin trabajo, pues la baratura de la mano de obra y la baja de la moneda hacen que las clases poseedoras se apresuren a invertir en la producción y en la construcción de casas, sus surplus acrecentados (*sic*); pero este fenómeno tiene por base el descenso en el estándar de vida de las clases proletarias.

La corrupción de que el fajismo acusaba a los políticos de anteriores regímenes, no sólo no ha desaparecido, sino que es mucho más amplia y notoria. De tiempo en tiempo han surgido a luz burdos casos de corrupción oficial, como el que se relaciona con una concesión petrolera a un sindicato americano y diversos hechos escandalosos imputados al subsecretario del Interior, Finzi, y que provocaron su dimisión. De ordinario se oye hablar de innumerables pequeños casos de venalidad en líderes fajistas inferiores.

En todo el régimen fajista ha prevalecido una política de cerrada intolerancia para toda corriente de opinión adversa. Ya implantado el terror, los actos de violencia se han ido espaciando, pero de vez en cuando todavía se acude a la intimidación sangrienta. Entre los casos más notorios de ultrajes a contrincantes políticos, y que han alineado contra el fajismo la opinión internacional, se cuentan los sufridos por el ex primer ministro liberal Nitti\* y su familia y por el profesor Salvadori de Milan.

Entre los asesinatos han culminado por su notoriedad el del sacerdote don Minzoni perteneciente al Partido Popular Católico y el del diputado socialista Matteotti.\* Este último caso, sobre todo, por las circunstancias en



que se verificó y por la posición conspicua de la víctima en el movimiento social internacional, ha causado una verdadera revulsión moral, lo mismo en el interior que en el exterior, y en ese delito político se nutre una de las principales fuerzas psicológicas que operan contra la existencia del fajismo. En relación con el proceso Matteotti, que se sigue aun ventilando ante los tribunales y en que aparece como responsable el general De Bono, uno de los cuatro líderes de la marcha sobre Roma, ocurrió un incidente que ha tenido muy honda repercusión en el sentir público. Cesare Rossi, que fue jefe de la oficina de prensa bajo las órdenes de Mussolini, escribió un memorial cuando estaba prófugo, poco después del asesinato de Matteotti, memorial que fue publicado en Roma a fines del último diciembre por *Il Mondo*, y que ha sido ampliamente conocido del público a pesar de haber sido secuestrada la correspondiente edición del periódico. En su memorial trata Rossi de eludir responsabilidades por el asesinato de Matteotti, y cita innumerables casos concretos que él conoció o en que participó directamente, y en que las órdenes o las sugerencias para inferir ultrajes, golpear y aun matar a líderes antifajistas, emanaban directamente del presidente del Consejo de Ministros. Cita entre otros hechos, algunas instrucciones directas del presidente Mussolini para enviar a las asociaciones locales fajistas, listas de los suscriptores a los periódicos de oposición, a efecto de que fueran castigados. Posiblemente hay exageraciones en el memorial de Rossi —que se encuentra preso y que ha tratado de aminorar los efectos de sus inculpaciones— pero hay en su relación tal conocimiento de detalles internos y tienen sus declaraciones tales visos de verosimilitud, que han conmovido profundamente la opinión pública.

Como muestra de la mentalidad fajista, en relación con crímenes de esa especie, cabe citar un ruidoso proceso que terminó hace muy pocos días en Bolonia. Hace más de un año una expedición punitiva fajista encabezada por un rico terrateniente llamado Regazzi, penetró a la casa de una familia comunista y asesinó a uno de sus miembros varones en presencia de su mujer y de sus hijos. Regazzi no fue arrestado en muchos meses a pesar de las acusaciones de la familia del muerto; pero llegó a ser tan escandaloso el asunto que el mismo Regazzi se entregó a la policía, sólo para ser absuelto con todos sus cómplices. Es revelador el hecho de que la familia del asesinado no pudo encontrar un abogado que le prestara consejo legal. Al ser absueltos los asesinos fueron aclamados y festejados por los fajistas; pero lo más singular del caso, es la forma en que la prensa oficiosa ha comentado el suceso. *Cremona Nuova* el periódico del secretario general del partido fajista, Farinacci —sólo inferior en influencia al propio Mussolini— dice que aun siendo Regazzi culpable, el jurado tenía que haberlo absuelto, pues que “no se debe con-

\* Ver glosario de nombres.



fundir un episodio de nuestra revolución con un crimen vulgar y común". En ese mismo editorial y en declaraciones que hizo Farinacci al tomar posesión ha poco de su puesto, se afirma que los fajistas aceptan toda la responsabilidad por el asesinato de Matteotti, y con un cinismo concebible sólo en estos momentos singulares de la vida social italiana, dice que el Partido tomará como bandera para las próximas elecciones, precisamente el asesinato de Matteotti.

Como contraste a la absolución de Regazzi y sus cómplices, cabe recordar el proceso que hace un año se siguió a varias decenas de socialistas, hombres y mujeres, por el asesinato, en motín, de algunos gendarmes en la época álgida de las violencias fajistas. Casi todos fueron sentenciados a largas condenas, en la mayoría de los casos sin evidencia bastante de culpabilidad, y sólo bajo el peso de testimonios que eran notoriamente parciales o falsos. Hubo una muchacha, menor de edad, sentenciada a varios años de presidio, por el delito de haberse encontrado casualmente en el sitio público donde ocurrieron los motines.

Semejantes proceder han ido poco a poco haciendo el vacío político en torno del gobierno fajista. El Partido Popular Católico que prestó apoyo al gobierno fajista en sus comienzos, fue el primero en separarse en marzo de 1923; lo siguió el Partido Democrático en marzo de 1924, y por último, los liberales, que rompieron abiertamente con el fajismo en octubre del año anterior. Las agrupaciones de ex combatientes, que al principio de la organización fajista se consideraban identificadas con el movimiento, se vinieron distanciando poco a poco hasta llegar a una abierta ruptura y a un choque armado en octubre último, en ocasión de la celebración del segundo aniversario de la marcha sobre Roma. Ya de antemano había sido disuelta la asociación de ex combatientes "Italia Libera", que encabezaba el líder Pepino Garibaldi.\* El antagonismo de los ex combatientes ha sido seguramente uno de los más sensibles golpes para el fajismo, que no puede ya decirse integrado por los civiles que

\* Ver glosario de nombres.

combatieron en la guerra, y que tiene en los ex combatientes un serio enemigo que puede en cualquier momento responder con los propios métodos de violencia. El temor a los ex combatientes hizo que el gobierno fajista a principios del mes actual, suspendiera al presidente, diputado Ettore Viola y a los dos secretarios de la Asociación, designando en su lugar a tres líderes fajistas: Amilcar Rossi y los diputados Russo y Sansanelli.

En su política exterior, el fajismo se ha caracterizado por un imperialismo platónicamente agresivo. En lo general, y fuera del caso de Corfú en septiembre de 1923, y en que el gobierno fajista usó internacionalmente los métodos de violencia implantados en el interior, el imperialismo del gobierno actual se ha limitado a las palabras. Y es que un imperialismo de hecho no podría Italia ejercitarlo sino contra los intereses de Inglaterra y Francia; y claro que no está Italia en condiciones de oponerseles.

La inestabilidad política de Albania ha ocasionado fricciones entre los gobiernos de Roma y Belgrado, entre los que siguen discutiéndose indefinidamente cuestiones de límites. Las posesiones italianas del Africa, acrecentadas por el territorio de Jubuland que acaba de cederle Inglaterra como parte del precio de la participación de Italia en la guerra, son de bien pobres recursos naturales, y por ahora inútiles casi para la colonización. Sin embargo, Italia gasta en ellas sumas cuantiosas y mantiene una guerra intermitente con las tribus nativas. En estos últimos días, y con motivo de la ocupación por tropas egipcias del oasis de Djaraboub, en la frontera con la Cirenaica, el gobierno italiano presentó al gobierno del Cairo un agresivo ultimátum. Esa disputa por límites se sigue tratando en Roma.

No obstante la obligada impotencia de una política imperialista de Italia, su adopción ha servido al gobierno fajista para halagar al ejército, acrecentar sus efectivos de guerra y arrojar un polvo de oro a los ojos de las multitudes nacionalistas. El ejército, con el aumento de 8 a 18 meses en el servicio obligatorio, fue acrecentado de 230,000 a 350,000 unidades; mientras la aviación y la marina han tenido también incrementos importantes.





Las milicias fajistas suman 300,000 hombres, aunque éstas sólo están en servicio parcial y temporalmente. Los milicianos reciben salario del Estado sólo cuando están en servicio. Se dice que extraoficialmente, los capitalistas contribuyen para el pago de esa fuerza política.

El exceso de población en Italia y la carencia de las materias primas indispensables para la industria, como el carbón y el hierro, han hecho que se dé visos de suprema necesidad nacional a una política imperialista; sólo que, como Italia no puede conquistar los territorios que contienen esos artículos y que están ya bajo el dominio de otras potencias, se confunde en realidad su interés, que no puede ser de conquista, con un genuino interés de expansión pacífica basada en la libertad de comercio y en la libertad de emigración: es decir, su conveniencia radica en una política enteramente opuesta a la política de imperialismo guerrero.

Por otra parte, se han menospreciado sus recursos naturales que permiten todavía una amplia autocolonización interior. El hecho de que en los últimos años haya estado casi cerrada la emigración italiana para la América, y sin más absorción externa que la demanda de Francia (cien mil y pico de personas por año) y que sin embargo no haya en Italia gente sin trabajo, revela la potencia de sus propios recursos, que propiamente desarrollados, podrán aun absorber por tiempo indefinido el incremento de su población.

Como un hecho que muestra la mentalidad fajista en relación con la política exterior, cabe mencionar las declaraciones de un conspicuo líder fajista, el poeta futurista Marinetti,\* en un banquete que se le ofreció en Milán ha pocos días. El primer ministro Mussolini, que no pudo asistir por enfermedad, envió un cordial mensaje al "viejo amigo de las primeras batallas fajistas". Telegramas semejantes de afecto y aprobación fueron enviados a Marinetti por innumerables miembros del gobierno y líderes fajistas. Marinetti en su discurso profetizó el advenimiento del Imperio Italiano, mucho más grande que el Imperio Romano. Dijo que los fajistas eran hostiles a una monarquía tímida, antiartística y antiliteraria, al igual que una débil República antibelicosa y humanitaria. Agregó que los fajistas están preparando un Imperio del genio, del arte, de la fuerza, de la desigualdad, de la belleza, del espíritu, del color y de la fantasía; que su Imperio será gobernado no por el Parlamento, sino por un Consejo Técnico de Jóvenes. Finalizó expresando que el objetivo de los italianos debe ser la guerra y la conquista, y que deben estar listos para "entrar a la inevitable y quizá inminente conflagración a efecto de apoderarse de las tierras y de las materias primas indispensables para su futura grandeza". Toda la prensa fajista de Italia comentó entusiastamente las palabras de Marinetti.

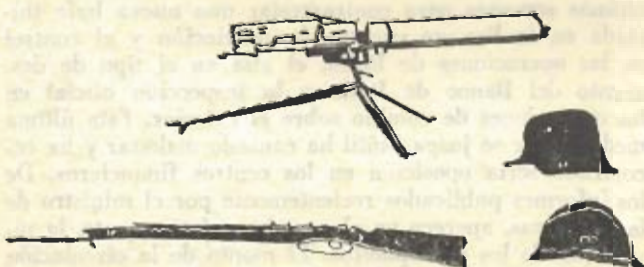


La política fajista para la Liga de Naciones ha oscilado entre la indiferencia, la desconfianza y la hostilidad. Al renunciar hace pocas semanas el ex primer Ministro Salandra\* (liberal-conservador) a su puesto como representante de Italia en la Liga, a consecuencia del rompimiento de los liberales con el fajismo, fue designado para substituirle Francesco Coppola, reconocido enemigo de la Sociedad de Naciones. En declaraciones recientes dice Coppola que la Liga constituye un grave peligro para la política exterior imperialista de Italia y que los fajistas deben defenderse enérgicamente en Ginebra; que es esa la interpretación fajista sobre la labor que necesita desarrollar su delegado ante la Liga.

No es por demás citar el hecho de que en la asamblea última de la Oficina Internacional del Trabajo, los delegados obreros de Uniones del Trabajo fajistas, tuvieron dificultad para la aceptación de sus credenciales, habiendo votado en su contra los representantes obreros de los demás países. Hjalmar Branting, el gran socialista sueco recién muerto y que fue miembro del Consejo de la Liga de Naciones, se rehusó a venir a Roma a las sesiones que se verificaron el último diciembre, como protesta contra la política fajista.

Desde el asesinato de Matteotti el fajismo comenzó a sufrir una crisis política que se acentuó en los últimos dos meses. Mussolini se jacta de haber ganado la batalla política que comenzó el 20 de diciembre y terminó el 17 de enero.

Tras la enorme conmoción producida por el crimen Matteotti, aun el liberalismo soñoliento despertó, y se fue consolidando la oposición contra el fajismo. En el Parlamento se demandó enérgicamente la "constitucionalización", mediante la incorporación al ejército, de las milicias fajistas. Mussolini temeroso de un voto parlamentario adverso, adoptó en su política un curso de moderación y conciliación, y aceptó de manos de Salandra una serie de medidas encaminadas a restaurar el régimen parlamentario y el imperio de la ley. A principios de diciembre expidió un manifiesto a los Comités Regionales Fajistas, dando instrucciones para la reforma del Partido y condenando las ilegalidades y las violencias como contrarias a los intereses del fajismo. Pidió que se redujesen las manifestaciones populares fajistas a tres por año y exigió una estricta y rigurosa disciplina. A pesar de estos sanos propósitos, al tratarse el punto de las milicias en el Senado, resultó una fuerte e inesperada votación en contra del gobierno. El general y senador Giardino,\* en enérgico discurso, había pedido que las milicias fajistas dependieran del Ministerio de la Guerra y se gobernaran por los reglamentos del ejército; así como que se purgara al Partido de los especuladores que con influencias políticas se han colado en las directivas de corporaciones y bancos. Y se planteó entonces la crisis en su forma aguda.



\* Ver glosario de nombres.





A la oposición formada por las izquierdas del Parlamento, populares, demócratas, constitucionalistas, socialistas y comunistas, que se habían constituido en bloque político con el nombre de "Aventino", en recuerdo de una situación política parecida en la primitiva historia de Roma, unieron sus fuerzas los liberales-conservadores que encabezan los ex primeros ministros Giolitti,\* Orlando\* y Salandra,\* y abandonaron también el Parlamento. A las sesiones sólo siguieron concurriendo diputados y senadores fajistas. De hecho, los aventinistas habían ganado una victoria moral, pero su composición heterogénea, principalmente, fue un serio obstáculo para que pudieran consumarla.

Se sabe que el primer ministro Mussolini había decidido, ante la seriedad de la oposición, volver resueltamente a lo que llaman liberales y conservadores "normalización". Entre estos grupos se daba ya por hecho, a fines de diciembre, que se retiraría Mussolini, y que se formaría un gobierno no fajista, o un gabinete mixto de fajistas moderados y nacionalistas. Se citaba ya como cosa cierta, que el rey encargaría a Salandra la formación de un nuevo gobierno, que Salandra se vería incapacitado para formarlo y que vendría entonces el turno de Giolitti; que Mussolini permanecería a un lado, pero con la organización fajista intacta, para el caso de que volviera a ser necesaria en lo futuro.

Pero intervinieron entonces los extremistas del partido fajista, sostenidos por el ministro del exterior, Federzoni,\* y Mussolini abandonó sus francas tendencias de entonces a la "normalización" para volver al método de intemperancia y violencia. Se dice que una delegación de fajistas extremista encabezada por Roberto Farinacci,\* (de quien se habla como presunto sucesor de Mussolini), se acercó al primer ministro y le expresó que los fajistas estaban ya cansados de sus contemplaciones con el parlamentarismo y el constitucionalismo; y que a menos que tomara desde luego una acción ené-

\* Ver glosario de nombres.

gica contra la oposición, se verían obligados a sustituirlo. Se afirma que aun el primer ministro fue amenazado con la suerte de Matteotti si no cambiaba de táctica.

Vino entonces el discurso de Mussolini el 3 de enero en que lanzó su famoso ¡basta! a la oposición; asumió personalmente toda la responsabilidad por las hazañas fajistas y anunció que en cuarenta y ocho horas daría buena cuenta de la situación. Se decretó en seguida una parcial movilización de las milicias fajistas (aunque con reveladores resultados sobre la reducción de su número) y se iniciaron de nuevo las persecuciones contra los enemigos. Se afirma que entre el 4 y el 9 de enero fueron arrestados 1,039 personas, fueron cerrados 95 clubes y 150 cafés, se clausuraron 120 sucursales de la asociación de ex combatientes "Italia Libera" y se hicieron 655 cateos en domicilios de opositoristas. Y volvió la "normalización" pero al estilo fajista. El cardenal Maffi, refiriéndose a los motines fajistas de esos días en Pisa, expresó: "Pisa fue, entonces, normalizada ayer. Como obispo lloré, como italiano me sonrojé".

Los dos ministros liberales que quedaban en el gabinete Sarrocchi y Casati, renunciaron entonces, lo mismo que el ministro de Justicia, Oviglio, que aunque fajista, no quiso mayores responsabilidades en las violencias. El gabinete fue luego integrado con fajistas, y aunque hay aún en el gobierno dos ministros que pertenecieron primitivamente al Partido Popular Católico, en realidad desertaron de este grupo desde 1923, y no quedan actualmente en el gobierno sino fajistas.

Con sorpresa de sus adversarios, Mussolini envió luego a la Cámara un proyecto de reformas a la Ley Electoral, y anunció que se convocaría brevemente a nuevas elecciones. Las reformas a la Ley que tienen por base fundamental el abandono del sistema de votación proporcional y la vuelta al colegio uninominal, fueron aprobadas en enero por la Cámara y en febrero por el Senado. El proyecto del gobierno contenía el privilegio de que se computaran al doble o al triple los votos de los poseedores de determinada suma de riqueza, pero este principio no pudo pasar ni aun con unanimidad de votación fajista. En los debates ocurrió este incidente significativo: Giolitti expresó que las elecciones venideras no podrían ser libres, y replicó Mussolini: "en cuestiones electorales he concurrido a vuestra escuela", "sois muy modesto" contestó Giolitti, "las elecciones que hacéis os dan una mayoría en que yo nunca soñé". Posteriormente a la aprobación de las reformas electorales, el gobierno anunció que no se convocaría a nuevas elecciones antes de 1926. La Cámara abrió un nuevo periodo de sesiones el nueve del mes actual y se ha dedicado de preferencia a la votación de los presupuestos.

Entre las medidas tomadas por el gobierno en estas últimas semanas para contrarrestar una nueva baja iniciada en la lira, se cuentan la restricción y el control en las operaciones de Bolsa, el alza en el tipo de descuento del Banco de Italia y la inspección oficial en las operaciones de cambio sobre el exterior. Esta última medida, que se juzga inútil ha causado malestar y ha encontrado seria oposición en los centros financieros. De los informes publicados recientemente por el ministro de las Finanzas, apercibe ya alcanzada, prácticamente, la nivelación de los presupuestos. El monto de la circulación fiduciaria permanece de hecho estacionario, pues aun cuando las emisiones oficiales acusan una disminución,





8

en la emisión comercial de billetes bancarios autorizada al Consorcio de Valores Industriales, aparece un aumento. La balanza comercial es adversa a Italia en una suma cuantiosa, pero se supone equilibrada su balanza económica, por las remesas invisibles de los italianos residentes en el exterior. El gobierno de Italia está ya en pláticas con Estados Unidos e Inglaterra para el pago de las deudas provenientes de la guerra y que se dicen "políticas". Esas deudas montan a 23,000 millones de liras oro que seguramente no podrá pagar Italia. Ha bastado que se inicien las pláticas, para que la desconfianza en el futuro financiero, se manifieste con una nueva flexión en el valor de la moneda.

La oposición "aventina" —a excepción del grupo comunista que volvió a la Cámara para la discusión de la Ley Electoral— se ha abstenido de concurrir a las sesiones, aun cuando ha habido una fuerte diferencia de opiniones entre sus componentes, y aun una seria escisión entre los liberales, de los que un grupo de veinticinco se decidió en apoyo del gobierno. Los socialistas (unitarios y maximalistas) en su mayor parte opinan que deben volver al Parlamento, pues que estando prácticamente suprimida la libertad de imprenta, es la tribuna de la Cámara casi el único medio que les queda para hacerse oír. Así lo han sostenido los más prestigiados líderes socialistas como Turati,\* Labrida y Lazzari, aunque convienen en lo precario de su situación dentro de la Cámara, donde están expuestos a cada momento a las violentas agresiones de los diputados fajistas. A fines de febrero, y con regocijo de todos los extremistas del partido fajista fue nombrado secretario general del partido, Roberto Farinacci, quien en un manifiesto retumbante y agresivo, expresó la idea fundamental: "fuera de nosotros sólo hay adversario".

A raíz de la recaída del gobierno en el sistema de la fuerza —principios de enero— se inició una ofensiva

contra las organizaciones masónicas. Se comprende que esta política tuvo por objetivo dividir a la oposición, enfrentando a los católicos con sus colegas parlamentarios libre-pensadores. Estos últimos integran una proporción importante entre los republicanos, demócratas y liberales, y se consideran herederos de la Revolución de 1848, todavía con la divisa: "Una Iglesia libre dentro de un Estado libre". Sólo que los miembros del Partido Popular Católico se han rehusado a servir de instrumento en manos del gobierno, y han declarado que propugnan por la libertad constitucional lo mismo para católicos que para masones. En el fondo, temen que los ataques a la masonería, —de que forma parte una proporción muy importante de la burocracia y de los altos funcionarios— traigan a la postre renovadas actividades en un movimiento anticlerical que se considera ya extinguido.

Se sabe que el Papa, contra una oposición más o menos manifiesta del Colegio de Cardenales, se inclina, aunque vacilantemente, en pro del gobierno fajista. Se dice que el cardenal Gasparri, secretario de Estado del Vaticano y simpatizador de los demócratas, tampoco está de acuerdo con la influencia pro fajista de Pío XI. Esta influencia ha servido en los últimos tiempos para conservar inactiva a una gran proporción de campesinos pertenecientes al Partido Popular, debilitar la acción política de esa agrupación y desterrar a Londres —con alguna comisión simulada— a don Sturzo,\* el líder batallador e indomable, alma del Partido Popular Católico. Por las mismas influencias fajistas ha sido expulsado del Partido Popular el sacerdote reformador radical, Miglioli, que ha sido diputado por Soresina y que estuvo a punto de substituir a don Sturzo como líder del Partido.

Los demócratas que encabezan don Cesaro y los constitucionalistas que dirige Améndola,\* aunque forman un pequeño grupo, son quizá los más tenaces y ruidosos en su oposición al gobierno. Don Cesaro fue ministro en el primer gabinete de Mussolini y Améndola ha

\* Ver glosario de nombres.





sido también ministro de las colonias en algún gobierno anterior. Ambos son de reconocidas tendencias antiobreristas: sin embargo, su actitud antifajista es decisiva y resuelta. Améndola está en estrecho contacto con la Corte y tiene apretadas ligas de amistad con muchos jefes del ejército, que por celos profesionales comienzan a detestar al fajismo. Los fajistas, que ven en Améndola un serio enemigo, lo han agredido con vías de hecho en varias ocasiones. Seguramente este grupo será el núcleo de un próximo rompimiento definitivo entre la burguesía y el fajismo.

Es interesante el fenómeno de distanciamiento reciente entre el gobierno reaccionario de Mussolini y una parte importante de los conservadores en política y de los hombres de negocios, al mismo tiempo que la aristocracia (el rancio Club de la Caza ofreció un ruidoso banquete a Mussolini en el mes de febrero) y una parte importante de la grande industria, principalmente la del acero, le apoyan. Los industriales metalurgistas pretenden que la política imperialista del fajismo significa mayores pedidos del exterior para su industria. Un senador liberal en cambio, en declaraciones que hizo ha poco a un periódico inglés, expresaba la opinión de su grupo sobre que el fajismo debería dejar el gobierno, porque estaba impidiendo a los patrones recoger todo el fruto de la derrota de los trabajadores.

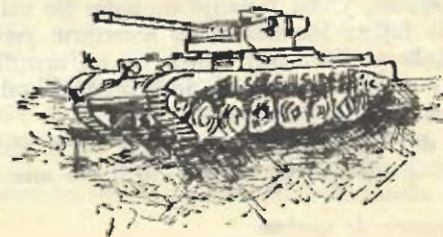
Esa declaración se robustece con los acontecimientos que en el campo de trabajo y de la industria están ocurriendo en estas últimas semanas. Debido a la crisis económica y al consiguiente descenso en el poder adquisitivo de los salarios, en los centros industriales del norte y por movimiento espontáneo de los trabajadores —principalmente fajistas— comenzaron a sucederse las huelgas. En el curso del mes de febrero declararon huelgas los constructores de Busto Arsizio, los panaderos de Torre Annunziata en Nápoles, los obreros metalúrgicos de Brescia, los trabajadores madereros de Verona, varias agrupaciones de obreros constructores en la región del Piamonte y del Lago Mayor, los tranviarios de Alessandria, y de Palermo, los obreros textiles de Friuli y los estibadores de Génova. De semanas atrás venían acrecentándose, además, las diferencias entre los trabajadores de las grandes industrias metalúrgicas del norte y los patrones. En los momentos en que escribo estas líneas, se ha declarado ya la huelga general por las agrupaciones fajistas y 30,000 obreros han abandonado el trabajo. Los socialistas —Federación Italiana de Obreros Metalúrgicos— aunque dejan a los fajistas toda la responsabilidad del movimiento huelguista, han girado ya órdenes a las respectivas Uniones del Trabajo para adherirse al movimiento huelguista. Esto hará ascender a 100,000 el número de trabajadores que dejarán los talleres. En todas esas huelgas los puntos de controversia se relacionan con aumentos de salarios. Los periódicos socialistas expresan dos opiniones sobre la actitud de los fajistas relacionadas con la huelga: que pretenden los fa-

jistas ganarse simpatías de los obreros para las elecciones próximas, y que no se consideran ya bastante fuertes para reprimir con mano de hierro la rebeldía de los trabajadores.

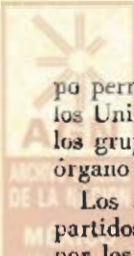
Entre los serios obstáculos que en los últimos tiempos han mantenido en una forzada postergación al movimiento obrero avanzado, están la división entre sus líderes, su desesperante indecisión y la miseria de los de abajo. Comienza ya, sin embargo, a renacer la confianza entre los trabajadores: en el Congreso que celebró en Milán el último diciembre la Confederación General del Trabajo, pudo ya hacer constar un registro de 400,000 miembros, y aunque es esta cifra muy exigua en comparación con la de 3,500,000 que registraba la Confederación antes de la ofensiva fajista, ya aquella cifra significa un considerable aumento sobre los 100,000 obreros registrados hace un año.

En el Congreso de Milán prevaleció el voto de las derechas en relación con la política de la Confederación, que habrá ahora de encaminarse hacia una labor sistemática sindicalista y de consolidación de las Uniones del Trabajo. En cuestión política se ha declarado la "neutralidad". A pesar de la actitud abiertamente rebelde del grupo comunista, éste seguirá formando parte de la Confederación. Otra de las resoluciones trascendentales del Congreso fue de reforma a los reglamentos, acrecentando el poder del Comité Nacional Ejecutivo y limitando la fuerza de las Cámaras del Trabajo locales, que no tendrán ya facultad para declarar huelgas por propia iniciativa. Se considera que este cambio alejará a las uniones obreras de los inconvenientes de la política local, y hará más eficiente la acción general y nacional de la Confederación. Como primer resultado de la nueva política inaugurada por la Confederación, se anota la readhesión de la Unión Italiana del Trabajo, que constituye la fuerza del Partido Republicano, y que contaba en 1921 con 400,000 miembros. Esta agrupación obrera tiene su asiento principal en la Romagna, la región más radical de Italia, en los días en que Mussolini era socialista. La Confederación ha logrado ya también la adhesión de 50 Uniones de Campesinos en la Lombardia; hecho que se considera de significación, por haberse roto la barrera religiosa que ha separado siempre a los socialistas de los campesinos católicos.

El partido Unitario Socialista de que fue secretario Matteotti ha acrecentado considerablemente sus fuerzas desde el asesinato de su líder; sólo que ese partido, llamado también Reformista y que constituye en realidad las derechas obreras, se ha caracterizado habitualmente por su indecisión, resuelta casi siempre en la inacción. Sus líderes comparten el idealismo exaltado de Matteotti, sin tener su habilidad ni su entereza, y a menudo se mantienen fuera de la realidad. Su política estática ha valido a sus líderes el sobrenombre de bonzos, por los sacerdotes budistas que durante largos periodos de tiem-







no permanecen inmóviles. Puede decirse que el grupo de los Unitarios en el Parlamento, es el más tímido de todos los grupos que integran la oposición del "Aventino". El órgano de este grupo es *Ciustizia*.

Los socialistas maximalistas forman el centro de los partidos obreristas radicales; la izquierda está integrada por los comunistas, que han acrecentado algún tanto sus fuerzas en los últimos tiempos y que tienen en los centros obreros de Turín una inexpugnable fortaleza. Entre estos dos grupos afines, existe una marcada hostilidad que se ha emponzoñado en los últimos tiempos por haberse pasado del Partido Maximalista al Comunista, el líder Serrati, uno de los más hábiles directores obreros de Italia. El cambio de filiación de Serrati —que los comunistas consideran como un triunfo de su astucia— fue ocasionado por el fracaso de su pretensión de adherir el Partido Maximalista a la Tercera Internacional. Este antagonismo se ha exteriorizado en forma enconada entre *Avanti* órgano de los maximalistas y *Unità* diario de los comunistas. A las diferencias entre estos dos grupos se debe en gran parte el crecimiento en el número de miembros del Partido Socialista Unitario. En época anterior los maximalistas tenían el número mayor de miembros registrados; en la actualidad los socialistas unitarios cuentan en sus registros más miembros que maximalistas y comunistas combinados.

Esos tres grupos políticos de obreros radicales, se dan cuenta de que en estos momentos una lucha abierta y

directa contra los fajistas, sólo tendría por resultado una exacerbación de la violencia y un inútil sacrificio de vidas. Es por eso que tratan de maniobrar indirectamente utilizando el antagonismo hacia los fajistas de liberales, conservadores y demócratas. Casi todos los líderes obreros con quienes he hablado, sin embargo, dan muestras de un gran pesimismo y no tienen confianza en un mejoramiento en las condiciones económicas y políticas de los trabajadores en próximo futuro. A la fuerza de las armas y del dinero que poseen sus adversarios, se agregan sus propias y lamentables divisiones, para acrecentar su desaliento.

Y mientras tanto, las milicias fajistas armadas por el gobierno conservador y financiadas por industriales y terratenientes, no constituyen más que un ejército acampado que mantiene al pueblo italiano en una irritante sujeción moral y física. La libertad de palabra y de asociación, la democracia, el parlamentarismo, los derechos económicos conquistados por los obreros en largas décadas de amarga lucha; todo ha sido aplastado bajo la fuerza bruta de la reacción fajista. Pero los últimos acontecimientos en el campo obrero denuncian una nueva ofensiva de la acción renovadora. Posiblemente la adversidad acabará con la división de los trabajadores. Y seguramente en la unión encontrarán la victoria.

RAFAEL NIETO [RÚBRICA]

